

EL ÚNICO CONSUELO

¿Qué no he perdido en esta vida? Creo que todo. Ese es el precio por vivir tantos años. He perdido desde mis dientes hasta mi memoria. Ya casi no recuerdo nada, menos lo que me sucede en estos días. Ya no sé si me lavé la boca o me tomé mis medicinas. También me sucede lo contrario. Que hago o pienso cosas como que ya las he hecho y no es así. Guardé un cheque de mi jubilación creyendo que ya lo había cambiado en el banco. Ese mes no pude comprar mis medicinas de la presión ni mi botella de tequila. Eso me dura la botella, un mes, no piensen que soy bebedor, qué más quisiera. Pero si tomo más de una copa me dan agruras. Pero esas son pérdidas menores, algo esperado. Las pérdidas reales y dolorosas son perder a los hijos y a la mujer. Yo perdí ya dos de los tres que tenía y mi mujer se murió ya hace tiempo. También duele, aunque no lo crean, perder lo que es de uno. Yo perdí mi casa que se quedó uno de mis hijos, el que aún vive. Así fui perdiendo mis libros, mis cuadros, mis colecciones de timbres, mis figuras, mis discos, mis aparatos. Mi auto lo pude proteger más tiempo, sería que ya estaba viejo. Al fin lo rematé a quien me ofreció una mínima cantidad por él. Era un Packard. Lo compré en mis épocas de alta, cuando me sentía vivo, fuerte, creador, importante; cuando el mundo no me merecía, cuando salía en los periódicos, cuando me invitaban a otros países, a conferencias, a asambleas mundiales.

Ahora lo confieso, y no es que me de pena, qué va, para eso somos hombres, pero como en la sociedad es mal visto, en fin, en esa época tuve más de una mujer, tuve varias. Todas jóvenes, todas bellas. Ahora ya ninguna se digna mirarme y menos las que aún me gustan. Todas me dejaron cuando dejé de ser joven y sobre todo cuando dejé de figurar, de tener dinero en abundancia. Y tuvieron razón. Claro que la tuvieron. Si yo

dejaba de ser joven ellas también sufrían de lo mismo. Su tiempo estaba contado para vivir de su belleza y juventud. Yo ya no les servía. Y sí, dejé de servir, de servir a los políticos que utilizaban mi nombre y fama, deje de servir a mi familia, deje de servir...Eso sí me da pena decirlo aunque sé que es natural, pero también dejé de servir en eso que ustedes se imaginan. Eso también duele en el alma. ¿Qué cuántos años tengo? Ya pasé de los ochenta aunque no se me note. ¿ O sí se me nota? Ahora vivo solo en un miniapartamento de la Colonia Narvarte, en un cuarto piso. El edificio sí tiene elevador pero muchas veces se descompone. Esos días no salgo por miedo de no poder subir tantos escalones.

¿Me estoy quejando mucho? ¡Qué horror! Eso me molesta de mis amigos que sólo eso saben hacer, por eso ya no los visito. Y eso que ya no son muchos. Todos los demás ya se murieron.

¿Que qué me hace vivir, que por qué no me he quitado la vida si ya no tengo nada? Se los diré. Por el consuelo. Sí, por el consuelo que me da vivir más que todos los demás. ¡Viejo pero chingón!

Tomás Urtusástegui

Enero 2007